

a Curazao, donde nació su hija Emilia. En 1820 se incorporó en Río de Hacha al General Mariano Montilla, quien no pudiendo darle colocación en la División de su mando por ser todas sus tropas extranjeras y tener completa su dotación de Jefes, lo nombró Auditor de Guerra y Secretario General suyo; con tal carácter hizo la campaña del Magdalena y en septiembre de 1821 se halló en el sitio y toma de la Plaza Fuerte de Cartagena de Indias.

A fines de este año hallábase en las para entonces insalubres riberas del río Magdalena organizando las fuerzas que a las órdenes del General José María Carreño⁸ iban a libertar a Santa Marta, pero en breve fue presa de un fuerte ataque de fiebre malaria que le privó de la existencia, legando a la posteridad una hoja de servicios brillantísima y digna de un hijo de *la heroica Cuna de la Libertad de América*. Sus legítimas hijas, señoritas Emilia y Magdalena de Paúl y Almeida, por intermedio de su tío paterno Don Joaquín de Paúl, solicitaron y obtuvieron el 21 de julio de 1845 una pensión de Montepío Militar que les fue refrendada en 1852, 1863, 1869, 1873, 1880 y 1887.

LA BATALLA DE IBARRA

Por PEDRO M. ZUMÁRRAGA D.
(De la Sociedad Bolivariana de Ibarra - Ecuador).

En este momento de histórica significación para la Sociedad Bolivariana de Ibarra, hemos venido al mismo lugar en que se libró la Batalla emancipadora hace 159 años y, en esta como peregrinación, al pie de la efigie del Libertador, permítasenos recordar esa gloriosa acción de armas con la cual se consolidó la independencia de lo que fue la Real Audiencia de Quito. Dedicamos esta recordación en honor a las delegaciones que nos visitan, pero de manera especial a la ilustre delegación de la ciudad de Caracas, cuna celebérrima del eminente Simón Bolívar y Palacios.

Aquí el genio y la acción de Bolívar; en esta grieta escarpada y estrecha que forma el parvo río Tahuando, teniendo como testigos las montañas andinas, consiguió definitivamente la emancipación ecuatoriana. Hasta aquí llegó el ejército liberador guiado por el dios de la guerra para castigar a los sediciosos de Pasto que, habiendo renunciado a la libertad, al mando del Coronel Agustín Agualongo, llegaron a la noble e hidalga Villa de San Miguel de Ibarra.

En 1823 la Villa era conventual y tranquila. En pleno goce de la libertad que el Gral. Antonio José de Sucre obtuviera para el Departamento del sur de Colombia la grande con la Batalla de Pichincha, Ibarra ufanábase por encontrar un camino seguro hacia el progreso.

Fue ese momento histórico en el cual la libertad buscaba terreno seguro para su afirmación. El Gral. Sucre con la memorable batalla de Pichincha, el 24 de Mayo

8. FRANCISCO ALEJANDRO VARGAS, "Próceres Mirandinos", *General de División José María Carreño*, volumen primero, páginas 21 a 116, Editorial Grafolit, Caracas 1950.

de 1822 dio libertad a la antigua Presidencia de Quito y el 29 del mismo mes alcanzaba su anexión a la República de la Gran Colombia, ideada y organizada por el genio de Bolívar. Dos meses después, el 31 de julio del mismo año (1822) Guayaquil se anexaba también a la República de Colombia bajo la influencia del Libertador, en esa ciudad.

Previamente a la integración de Guayaquil a Colombia, se realizó la conferencia, en la misma ciudad, durante los días 26 y 27 del mismo mes de julio, entre los dos grandes capitanes de la emancipación sudamericana: Bolívar y San Martín.

En tan célebre y trascendental conferencia para la historia de la libertad, Bolívar comprometióse a terminar la campaña emancipadora en el Perú, último reducto español en América, para lo cual hallábase realizando intensos preparativos. Es entonces cuando la ciudad de San Juan Bautista de Pasto se levantó contra el gobierno de Colombia la Grande. El Gral. Sucre, vencedor en Pichincha, consiguió someterla al orden después de tenaz y sangrienta lucha. Mas, a pocos meses, hallándose de Jefe Militar de Pasto el Coronel Juan José Flores, los indómitos pastusos se insurreccionaron otra vez. Los coroneles Agustín Agualongo y Estanislao Merchancano infligieron tremenda derrota en Catambuco a las fuerzas republicanas y se posesionaron de la ciudad de Pasto. Inmediatamente organizaron un respetable cuerpo de 1.500 hombres con el cual Agustín Agualongo, aguerrido caudillo de la insurrección, se propuso marchar sobre Quito, mal informado de que Bolívar y Sucre se habían ausentado y que las fuerzas republicanas estaban ya en la campaña libertadora del Perú. No había, en verdad, en ese momento un ejército preparado para resistir a los liberticidas.

Desde Pasto el valeroso y acreditado jefe de la insurrección resuelve marchar sobre Imbabura “a exterminar al enemigo en cualquier parte que fuese encontrado”, según comunicación dirigida al I. Concejo Municipal de Otavalo, corporación a la que le invita, además, con increíble audacia y desconocimiento del patriotismo de los imbabureños, a rendir voluntades y fuerzas con el fin de tener éxito en su campaña realista.

El Libertador recibe la noticia de la invasión pastusa en la hacienda Garzal, situada en la lejana Babahoyo, a 500 kilómetros al sur de Ibarra. Con su intuición genial comprende la magnitud del peligro y movilízase rápidamente. Ordena al Gral. Salom que se encuentra en el Puntal con una columna de vanguardia, atraer al enemigo, en retiradas sucesivas, hasta el valle de Ibarra para destruirlo definitivamente en la última batalla. En llegando a Quito dirige una proclama: “Quiteños! —expresa con tono airado— la infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre... Un puñado de bárbaros son nuestros enemigos... Yo os ofrezco esta próxima victoria”. Y con actividad asombrosa, excepcional, organiza un ejército compuesto de 1.500 hombres.

Mientras tanto el caudillo insurrecto ha ido avanzando sin encontrar resistencia: el 12 de julio ocupa Ibarra y sus soldados se dedican al saqueo y regocijos en la indefensa ciudad.

El ejército libertador, apoyado por los habitantes de Imbabura, después de marchas y contramarchas estratégicas, llega a San Pablo del Lago el 16 de julio. Al

siguiente día, el 17, a las seis de la mañana, tomando la vía de El Abra y Cochicaranqui, se dirige a Ibarra y ataca sorpresivamente a los realistas. El Libertador se pone a la vanguardia del ejército acompañado de sus ayudantes de campo y ocho guías de la guardia. La infantería y la artillería a la derecha e izquierda del camino; la caballería al centro. El ímpetu del ataque desconcierta a los realistas. Caen los primeros centinelas pastusos en la hacienda Yacucalle. Son las dos de la tarde de un día de verano. Ráfagas de viento levantan el polvo de la sufrida villa. La caballería republicana ataca con tal violencia que los facciosos, puestos en desorden, comienzan en las calles a morir a lanzazos. Aturdidos y confusos se retiran al otro lado de este río Tahuando. Atraviesan un puente y luego se reincorporan formando un frente unido en la margen derecha del río, precisamente en este mismo lugar. Los soldados patriotas, desde el norte de esta cuenca, cargan con mayor ímpetu y el campo va sembrándose de centenares de cadáveres realistas. Los facciosos se desbandan, pero se rehacen por tres veces. Más de dos horas de fuego intenso. El Libertador dirige la batalla con arrojo imprudente y temerario. Por fin, antes de que se liquide el ejército realista, dejando alrededor de 800 cadáveres, Agualongo, con el resto de sus insurrectos, emprende veloz fuga por este camino llamado con fundamento "ruta triunfal", luego corre por el Olivo y Aloburo hasta trasponer la corriente del Chota, río que en ese día, por coincidencia y con su fuerza creciente, en su torrente bravío hubo de arrastrar a muchos insurrectos.

Muy notaria fue la actuación de los soldados imbabureños en esta batalla. Con ese ancestro patriótico conservado tradicionalmente desde los tiempos prehistóricos de los antiguos Imbayas, pelearon con tanto coraje que el mismo Bolívar, inmediatamente, supo reconocerlo.

Asegurada la victoria —fuerza es repetirlo— cerca de 800 muertos se contaron del ejército faccioso contra sólo 13 y 8 heridos de los patriotas. Los restos de las huestes de Agualongo en precipitada fuga se dirigieron hacia el norte. Bolívar con su grupo de lanceros los persiguió personalmente hasta el Chota, río que contribuyó, como ya se ha dicho, a la mortandad de los pastusos. Después de pocos días será ocupada la insurrecta Pasto por las fuerzas de los patriotas.

Transcribimos el parte que el Secretario General del Libertador, Demarquet, dirige desde Ibarra, al siguiente día de la batalla, el 18 de julio de 1823: "A las seis de la mañana, —dice— el día de ayer, su Excelencia el Libertador marchó del pueblo de San Pablo con todo el ejército y por la dirección de Cochicaranqui sobre este Cuartel General, con el objeto de sorprender al enemigo que se hallaba en esta Plaza en número de 1.500 hombres, lleno de confianza y tan descuidado que sólo tenía sus avanzadas sobre el camino principal de San Antonio. A las dos de la tarde S. E. en persona con su Estado Mayor y algunos Guías de la Guardia, se acercó a las primeras calles de esta Villa con el objeto de reconocer al enemigo; y el momento que se convenció S. E. que estaban efectivamente en este pueblo, mandó atacarlo con tal violencia y acierto que la derrota fue total, la mortandad horrosa, y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra recogidos en muy grande castidad".

Esta es, señores, la batalla de Ibarra, y este es el honor sobresaliente en la historia que tiene la españolísima ciudad de San Miguel de Ibarra, fundada por el Capitán Cristóbal de Troya obedeciendo al mandato del Presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Miguel de Ibarra, el 28 de Septiembre de 1606. Honor indiscutible porque Ibarra fue el único lugar en el Ecuador donde el Libertador personalmente dirigió una batalla de tan felices resultados para la causa de la libertad.

Con esta célebre acción de armas —se ha dicho lo bastante— se consolidó la independencia alcanzada por el Gral. Sucre en Pichincha; se libró a Quito de las extorsiones que hubiesen cometido los pastusos victoriosos comandados por Agualongo, y Colombia, desgarrada ya por disturbios intestinos, no hubiera podido prestar el apoyo decisivo para la independencia del Perú conseguida con las batallas de Junín y Ayacucho el 6 de Agosto y 9 de Diciembre de 1824, respectivamente.

Empero, es verdaderamente desconsolador para nosotros los imbabureños que la historia no recuerde la BATALLA DE IBARRA con todo el valor que encierra. Algunos historiadores apenas la nombran y otros prescinden de tan importante contienda con la cual se afirmó la libertad ecuatoriana.

Ello, no obstante, nuestros corazones de ibarreños siempre palpitan con efusión patriótica cada vez que repasamos esta cuenca soledosa. Ya lo dijimos cuando se inauguró esta columna con la figura del Libertador el 17 de julio de 1973: “Todo este valle paradisíaco de Ibarra, custodiado por su monte tutelar —el Imbabura— y por sus imponentes altozanos, mientras se libraba la batalla habría de estremecerse en ese día. Las tranquilas olas de la vecina e histórica laguna de Yahuarcocha, habríanse levantado, tumultuosas, como rechazando los cadáveres de los liberticidas, conducidos por Agualongo. De modo especial esta grieta del Tahuando, habría también de conmoverse de singular coraje y verdadero patriotismo. Al estampido de la fusilería, las rocas casi verticales de la cuenca habrían devuelto el eco anticipado del triunfo. Las rumorosas aguas del río, cantando el himno de la victoria, se deslizarían con más rapidez para comunicar tan fausto acontecimiento al Mar de Balboa. Los olorosos huertos marginales, henchidos de gratitud, habrían dejado caer su fruto dulce y sazonado para refresco del soldado patriota. Las piedras y arenas de toda la cuenca habrían subido de temperatura como inundadas de un extraño fluido. Los prados ribereños del río, con sus humildes florecillas, habrían de quedar, para siempre, acariciados por una brisa suave, inebriada de patriotismo. Y hasta las frondas de los barrancos y matorrales habrían de agitarse, epilépticamente, como secundando la vibración de los tambores victoriosos y el soplo de las dianas triunfales”. Y el Libertador, predestinado para dar libertad a cinco naciones, el 17 de julio de 1823 plantó para siempre, en esta concavidad del Tahuando, el laurel de la inmortalidad.

Empero, en esta hora al par sombría y dolorosa para el Continente Americano, cuando el Imperio Británico, prepotente y señor de los mares, ha demostrado su fuerza poderosa para seguir reteniendo las islas Malvinas pertenecientes a la Argentina, permitidme expresar que la concepción de Bolívar, la de formar grandes naciones, parece que resonara, clarividente, por todo el cielo de América. En verdad, el sueño de Bolívar, cuando Iberoamérica tiene el peligro de enfrentarse

a una nueva guerra colonialista, cobra vigor y resonancia. Es menester —ya lo han expresado las Cancillerías— formar una Comunidad de Naciones que tuviesen un mismo origen, una misma lengua, una misma religión, unas mismas costumbres. Sólo así se cumpliría el ideal que tuvo el Libertador cuando convocó al Congreso Anfictiónico de Panamá: el de formar la Unión Iberoamericana, precisamente para contener los apetitos dominadores, imperialistas, económicos de la gran Nación del Norte.

Y con esta reflexión, permitidme también manifestar que Bolívar, aquí en la ciudad de San Miguel de Ibarra como en toda la tierra, con motivo del II Congreso Nacional Bolivariano del Ecuador, se levante grande entre los grandes y excelso entre los excelsos, desafiando con su fama a los siglos por venir.

Ya lo dijo José Domingo Choquehuanca en Pucará, frente al mismo Libertador: “Para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar... Con los signos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina”. Y José Enrique Rodó, eximio literato y escritor uruguayo: “Bolívar, grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de su grandeza”.

Ibarra, Cuenca del Tahuando, mayo 23 de 1982.

RAMON AGUILAR CONTRA BELLO

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

El recuerdo que se hizo de Andrés Bello con ocasión de los dos siglos de su nacimiento nos ha permitido volver a él, hacer luz sobre hechos aún oscuros de su actividad. Especialmente interesantes son éstos cuando tienen relación con la etapa caraqueña de Humanista, de la cual poseemos tan pocas informaciones. De allí que siempre sea preciosa cualquier nueva noticia que aparezca.

El hecho más controvertido de la etapa caraqueña —y el que golpeó más duramente a don Andrés— fue la infame acusación de haber sido él el delator de la llamada “Conspiración de la Casa de la Misericordia”, la cual debió estallar en la madrugada del 2 de abril de 1810.

La cuestión se ha vuelto a discutir alrededor del nombre de un caraqueño, contemporáneo de Bello, quien lo trató en Caracas, cuyo nombre es conocido por los estudiosos de la vida del Sabio. Se trata de Ramón Aguilar, quien fue el responsable de la edición de una traducción de Bello impresa sin autorización del Maestro.

Hace poco, Carlos Miguel Lollet se refería a la pureza del patriotismo de Bello, presentando como prueba de no haber delatado Bello la conspiración de